

¿Historia o coyuntura?: hacia una redefinición del análisis histórico en relaciones internacionales

David J. Sarquís

La sed es una fuerza impulsora, sólo mientras no se le satisfaga. Lo mismo podría decirse respecto a la sed de conocimiento. Los auténticos buscadores de conocimiento se mantienen bien ocultos, y fundamentalmente no es el conocimiento nuevo el que buscan, sino el antiguo y más sólido.

EDWIN CHARGALL

1. Entre los estudiosos de las cuestiones internacionales, como entre muchos otros especialistas del área de las ciencias sociales en general, con frecuencia se debate en torno a qué tanto conocimiento histórico es realmente deseable o incluso necesario para la formación de un buen profesionalista dedicado al análisis de lo social.

La polémica no es nueva; de hecho, debemos recordar que, en alguna época, uno de los antecedentes más importantes de la disciplina de las relaciones internacionales fue precisamente la historia diplomática, la cual parecía abarcar en sí misma la esencia propia del quehacer intelectual encaminado hacia el conocimiento de lo internacional.

Como oportunamente nos recuerda Cárdenas Elorduy, durante la primera etapa de nuestro desarrollo disciplinario, los internacionalistas se nutrían básicamente de las aportaciones que, desde la época de Tucídides, hacían los historiadores al reflexionar sobre el orden político prevaleciente en el mundo: “Las grandes obras clásicas de historia y aun los libros de texto de historia universal, han sido hasta ahora, en realidad, libros de historia política, pues su objeto central de estudio ha sido, por lo general, las relaciones y formación de los Estados y naciones”.¹

No obstante, en la medida en que la propia experiencia como investigadores ha requerido de un replanteamiento de nuestro objeto de estudio –debido a que la explicación basada en lo histórico resultó insuficiente para responder a las interrogantes que, durante la época de la primera posguerra mundial, ya empezaban a plantear los problemas del mundo contemporáneo–, las relaciones internacionales parecen haber rebasado el límite restringido del análisis histórico (el cual sólo parecía estar asociado con la acumulación de datos sobre acontecimientos concretos, previamente seleccionados como relevantes en el desarrollo de nuestra disciplina) para así consolidar la búsqueda del universo específico que nos daría razón de ser como internacionalistas y no como simples usurpadores del trabajo de otros analistas sociales.

Esta búsqueda es, en concreto, la que nos conduce hacia el encuentro de algo distinto y claramente distinguible del esfuerzo reflexivo que despliegan los estudiosos de otras áreas de lo social y que, aunque nos hermanan de manera inevitable, jamás debe llevar a confundirnos con ellos, al punto de volver irreconocibles nuestras diferencias; hablamos, por supuesto, de

¹ Emilio Cárdenas Elorduy, “El camino hacia la teoría de las relaciones internacionales: biografía de una disciplina”, en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, año XVI, núm. 63, enero-marzo de 1971, p. 6.

la definición de nuestro propio objeto de estudio, es decir, aquello que nos singulariza (sin aislarnos) con respecto a lo que hacen otros analistas sociales. Fue a través de este reconocimiento de un objeto de estudio propio como los internacionalistas descubrieron que el solo enfoque histórico resultaba insuficiente para responder a las interrogantes propias que genera la observación de la realidad internacional.

Sin embargo, el reconocimiento de que nuestra especialidad es algo más que sólo historia nos ha planteado una paradoja en suma interesante, ya que la aceptación de esta premisa no invalida en lo más mínimo *el carácter intrínsecamente histórico de todas las disciplinas sociales en general y de las relaciones internacionales en particular*.

Ahora bien, plantear que nuestra disciplina tiene un carácter histórico, pero no es historia, bien puede parecer un mero malabarismo intelectual, incluso de mal gusto para quienes no han reflexionado con detenimiento sobre este asunto. En realidad, no es algo tan complicado si comenzamos por tratar de aclarar con precisión el significado de esta afirmación.

Podemos empezar por señalar que, desde la perspectiva adoptada para el desarrollo de este trabajo, el carácter histórico de las disciplinas sociales se define en términos de la movilidad temporal específica de los hechos sociales, es decir, en su naturaleza intrínsecamente cambiante, nunca en términos de una búsqueda orientada hacia el descubrimiento de “leyes” inexorables capaces de revelar, de manera determinista, el curso necesario de los acontecimientos.

Es precisamente en función de esta naturaleza móvil de la realidad social que, tanto el tiempo como el espacio se convierten en categorías necesarias, aunque sólo fuera para dar el paso inicial: poder *ubicar nuestro objeto de estudio*. Ambas categorías conforman el plano cartesiano mínimo indispensable

para la localización histórico-geográfica de aquello que, como especialistas en relaciones internacionales, nos interesa.

Pero una vez identificado *qué* vamos a estudiar, incluso nuestras categorías más abstractas, como *Estado, nación, organismo, lucha de poder, estado de naturaleza, lucha de clases, interés nacional, estado de sociedad, formaciones económico-sociales*, etcétera, sencillamente carecerían de sentido fuera de un contexto particular, a partir del cual (y sólo a partir del cual) podemos empezar a formular generalizaciones significativas. *Dónde* y *cuándo* se convierten entonces en variables insustituibles del análisis internacional, en ausencia de las cuales difícilmente podría generarse, y mucho menos consolidarse, el proceso del conocimiento que se espera de los estudios que pretenden explicar *cómo* opera la realidad internacional.

Además, es factible observar que quienes critican el uso abusivo de la historia (como mera memorización de datos) han señalado, con acierto, la confusión que algunos especialistas pueden crear al mezclar en forma indiscriminada su tema central con la historia de este tema; obviamente no es lo mismo, por ejemplo, el derecho internacional público como conjunto de normas que pretende reglamentar la vida de la sociedad internacional que la historia del esfuerzo por dar vigencia a ese conjunto normativo.

Aunque estos enfoques no tienen por qué excluirse entre sí, es claro que tampoco deben mezclarse hasta el punto de volverse irreconocibles uno y otro. La misma diferenciación puede hacerse con respecto a la organización internacional, el comercio internacional o la teoría de las relaciones internacionales, entre muchos otros temas.

Por supuesto que también en los casos antes mencionados el contenido esencial de cada una de las materias así como la historia de las mismas son importantes por igual y deben abordarse, de hecho, como ya hemos apuntado, a la manera de un

esfuerzo complementario, nunca como un proceso de sustitución en que se reemplaza alguno de los enfoques enunciados con anterioridad, pues se corre el riesgo de dejar una laguna en la formación de los especialistas.

Otro desafortunado exceso en el que puede incurrirse con facilidad en este mismo terreno viene de la pretensión de buscar en la historia el “diseño maestro” o la “gran guía” que supuestamente habría de marcar el camino inexorable del acontecer social y, a partir de ahí, la búsqueda de leyes absolutas e inmutables que, de una vez por todas y para siempre, tendrían que regir el destino de la humanidad.

Me parece que es precisamente esta tendencia la que Karl Popper denuncia y critica como un *historicismo* pernicioso, el cual fomenta la elaboración de profecías históricas empeñadas en volver realidad lo anunciado por ellas mismas como inevitable.²

La mayoría de los estudiosos parecen coincidir hoy en día en, por lo menos, un aspecto básico para la realización de análisis internacionales significativos, a saber: que el proceso de la organización colectiva entre los hombres, en el cual se originan los hechos sociales, es un fenómeno móvil, es decir, un continuo devenir, lo cual obliga a los investigadores a reflexionar necesariamente sobre la cuestión del cambio y la permanencia. ¿Qué es lo que se transforma y qué lo que se mantiene?, ¿cómo se generan, se fomentan o contrarrestan los cambios?, ¿cuáles son sus efectos?, ¿dónde y cómo se proyectan sus consecuencias? Son algunas de las interrogantes que empiezan a dar sentido a la búsqueda del conocimiento en nuestra disciplina.

En una época como la nuestra, en la cual la velocidad de los cambios ha llevado a la concepción (e incluso a la posibilidad de medición) de los nanosegundos, las consideraciones en torno al cambio y su importancia han adquirido un lugar pre-

² Karl Popper, *Unended Quest*, Londres, Routledge, 1992, p. 35.

ponderante entre los analistas, en detrimento de la reflexión acerca de la permanencia. En este sentido, el estudio sobre las experiencias del pasado parece simplemente perder relevancia de manera por demás justificada; de ahí surge la inquietud que justifica el título de este trabajo: ¿historia o coyuntura?

Lo que me estoy planteando a través de esta interrogante es, de hecho, ¿de dónde debemos partir a la hora de iniciar un análisis internacional?, ¿vale realmente la pena la inversión de tiempo que requiere explorar el pasado o conviene más centrar nuestra atención, desde un principio, en el contexto específico de las fronteras temporales que elegimos para delimitar situaciones concretas que, de alguna manera, se “sostienen a sí mismas” como unidades de análisis?

Ekkehart Krippendorff nos ofrece un interesante intento de respuesta que favorece esta última posición al esforzarse por demostrar que, desde el punto de vista histórico, en realidad sólo tiene sentido hablar de “relaciones internacionales” después de 1760 y, sobre todo, a partir de principios del siglo XIX, cuando la Revolución industrial transformó sensiblemente las condiciones de interacción entre los miembros de una sociedad internacional en ciernes y cada vez más dominada por el influjo de la civilización europea occidental.³ Pero más interesante aún resulta observar cómo, en su intento por explicar las condiciones que hicieron posible esa Revolución industrial, de repente nuestro autor se remonta a los albores del siglo XVI para describir el proceso de expansión de lo europeo por el resto del mundo, impulsado por las fuerzas del naciente capitalismo.

Desde mi punto de vista, el análisis de la obra de Krippendorff nos deja una importante lección que no debe pasarse por alto: *aun cuando tratamos de ignorarla, la historia es una fuer-*

³ Cfr. Ekkehart Krippendorff, *El sistema internacional como historia: introducción a las relaciones internacionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, especialmente pp. 9-22.

za presente en el desarrollo del acontecer social; por lo tanto, si nuestro objetivo es conocer los elementos que mueven la dinámica de la realidad social en sus múltiples manifestaciones, necesariamente tendremos que tomarla en cuenta, so pena de dejar el esfuerzo incompleto.

No obstante, sugerir que un analista social debe conocer la historia, con frecuencia se ha interpretado como una invitación a pensar en términos de un desarrollo social determinista; en otras palabras, se cree que al ponerse a estudiar historia con un espíritu auténticamente científico, el investigador, por fuerza, está buscando leyes inexorables o bien que, aunque en principio no las haya buscado, acabará creyendo de manera inevitable que su objetivo final es encontrarlas. Si bien es cierto que el riesgo existe, y que la tentación es grande, no creo que todos los análisis históricos deban conducir necesariamente a posiciones historicistas.

2. La fascinación que por lo regular ejerce la naturaleza dinámica y siempre cambiante de nuestro objeto de estudio, constantemente hace pensar a los estudiosos del fenómeno internacional en términos de un *presentismo* que se evidencia con toda claridad en la consabida noción de: “vivimos en una época inédita para la humanidad, caracterizada por grandes cambios y profundas transformaciones...”, con la que, verbalizada en sus propios términos, hoy en día inician comúnmente sus trabajos gran cantidad de articulistas y ensayistas de nuestra especialidad.

El citado presentismo se convierte entonces en una marcada tendencia a considerar cada etapa histórica estudiada como una experiencia singular, con rasgos distintivos propios y, en función de ellos, *única, irrepetible e irreversible*. Así, cada fase del desarrollo humano-social puede quedar virtualmente “desconectada” de sus antecedentes temporales, mismos que, por lo anterior, pasan a ser esencialmente *prescindibles* en el análisis

internacional o, en el mejor de los casos, objeto de una mera curiosidad malsana que un analista respetable se podría ahorrar cómodamente.

Desde una perspectiva *presentista*, la utilidad del análisis histórico puede ser fácilmente cuestionada; más aún, cualquier pretensión de abordar este tipo de análisis con aspiraciones científicas puede incluso ser desechado tranquilamente: *en función de su carácter singular, el hecho histórico no puede considerarse como un referente práctico para la elaboración de ningún tipo de generalización válida*, diría su argumento.

Con una posición claramente *presentista*, el historiador británico H. A. L. Fisher escribió en su *Historia de Europa*: “Los hombres [...] han sabido discernir en la historia una trama, un ritmo, un patrón predeterminado [...] yo sólo puedo ver un acontecimiento a continuación de otro [...] *un solo gran acontecimiento, con respecto al cual, como es único, no puede haber generalizaciones*”.⁴

Popper nos recuerda que “también F. A. von Hayek critica el intento de encontrar leyes, cuando la naturaleza del caso impide que sean encontradas, en la sucesión de los fenómenos históricos únicos y singulares”,⁵ de donde el propio Popper extrae la conclusión determinante en la que finca su crítica al historicismo: “No tenemos, por tanto, ninguna razón válida para esperar que alguna repetición aparente del desarrollo histórico *siga* llevando un curso paralelo al de su prototipo”.⁶

En otras palabras, Popper anticipa aquí una de las premisas más importantes de la teoría contemporánea del caos: *no porque sepamos con certeza que algo ha sido de una determina-*

⁴ Citado por Karl Popper, en *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza Taurus (El Libro de Bolsillo, núm. 477), 1973, p. 123.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibid.*, p. 125.

da manera durante mucho tiempo, podríamos garantizar que siempre seguirá siendo igual. La importancia de este supuesto no puede minimizarse: si, en efecto, las cosas pudiesen cambiar tan sustancialmente “de la noche a la mañana”, no importaría cuánto conocimiento tuviésemos sobre el pasado, de poco nos serviría para desempeñarnos bajo las nuevas condiciones; ¿de qué nos serviría entonces toda la erudición histórica?

La crítica popperiana está bien fundamentada: su argumento es sólido y consistente, sobre todo si consideramos a las corrientes historicistas mecánicas que nos plantean la idea de una evolución humano-social inexorable e inmutable y, por lo tanto, perfectamente previsible una vez que identificamos las leyes básicas de su devenir.

Pareciera entonces como si los analistas de los fenómenos sociales en general y los internacionalistas en lo particular no sólo podrían, sino que prácticamente *deberían*, a partir de lo anterior, concentrarse en el carácter estrictamente coyuntural de la experiencia concreta que están analizando, y por lo tanto esforzarse por *reconocer el contexto particular que la condiciona* (a través de la identificación correcta de los actores reales que participan en ella y de la valoración del peso específico de los factores que la influyen, para así forjarse una imagen del medio en el que están ocurriendo las cosas) a fin de formular, sobre esa base, las explicaciones que llegan a considerar más pertinentes en torno a su objeto de estudio para, finalmente, diagnosticar el mejor curso de acción a emprender, encaminado a la construcción de un futuro *siempre abierto*, en palabras de Popper.

De acuerdo con esta línea de pensamiento, bien puede razonarse que el internacionalista, después de todo, no es un historiador y que, en consecuencia, no tendría por qué ocuparse del conocimiento detallado de la secuencia temporal de acontecimientos que conducen hasta las condiciones específicas del momento que a él le ocupa; más aún, el hacerlo puede conver-

tirse con facilidad en elemento distractor que de hecho lo aleja del objetivo real que él persigue, a saber: *el entendimiento y la evaluación de una coyuntura claramente determinada*, en la que ciertos elementos del escenario internacional entran en juego, interaccionan y, a través de esta interacción, determinan el cambio o la permanencia de las reglas en el orden internacional vigente, sin que ello constituya garantía alguna de que las cosas serán siempre igual.

Ciertamente, el abuso en el que muchas veces incurren algunos autores al dedicar hasta 90% de sus investigaciones al rubro de los “antecedentes” justifica plenamente la promoción de ese *presentismo* que ahora deseamos cuestionar.

3. Para evitar comentarios carentes de fundamento tratemos de caracterizar este fenómeno con un poco más de detenimiento. Antes que una doctrina formal, el presentismo se entiende mejor como *una actitud de rechazo implícito al estudio de la historia en busca de leyes generales del desarrollo humano*, sobre todo por considerar que esto no es posible, ya que, como hemos señalado, el carácter estrictamente unívoco del hecho histórico impide las generalizaciones significativas. En consecuencia, la preocupación por lo que acontece *hoy* se convierte en el centro mismo del análisis y nos lleva a olvidarnos prácticamente del pasado.

Por supuesto que la tendencia a entremezclar los objetivos del análisis histórico (conocer el pasado con el propósito de entender mejor el presente) con la pretensión del historicismo, en el sentido de descubrir leyes inmutables del devenir social en su conjunto, parece justificar a plenitud la posición presentista. Pero también me parece obvio que no se debe caer en el error de confundir una cosa con la otra. Como ya he señalado, el estudio de la historia no conduce necesariamente a la adopción de una visión historicista; en cambio, sí contribuye enormemente a

facilitar nuestra comprensión de los fenómenos humano-sociales.

El riesgo de un reduccionismo simplista siempre está latente porque con frecuencia las personas tienden a extrapolar conclusiones muy “a la ligera”, pero quien estudia la historia con detenimiento también puede aprender a reconocer que *mal haríamos en no aprender a esperar lo inesperado*; abundantes ejemplos lo ilustran. Sin embargo, es de igual manera cierto que, en particular en esta época, tanto la velocidad como la magnitud de los cambios contribuyen en gran medida a fomentar la impresión de unas condiciones *totalmente inéditas* en la historia del hombre.

Desde este punto de vista, es fácil entender por qué para muchos observadores del fenómeno internacional contemporáneo resulta cada vez más difícil encontrar o vislumbrar siquiera vínculos significativos entre sus experiencias cotidianas y un pasado que se vuelve crecientemente más remoto y se siente, por tanto, cada vez más ajeno. La conexión entre los tiempos pasados y la realidad actual se vuelve más difícil de establecer y, por eso, la narrativa histórica, con más valor estético que didáctico, tendría, en el mejor de los casos, la misma utilidad anecdótica que podría tener para un hijo el conocimiento de las experiencias que vivió su padre, pues ni aun apegándose lo más cercanamente posible a la conducta de su progenitor (o tratando de evitarla) podría el vástago asegurarse de los mismos resultados vivenciales de su antecesor.

El criterio guía de esta actitud se finca tanto en lo abrumadoramente tedioso que puede resultar el dato historiográfico como en la multiplicidad de interpretaciones que sobre el mismo se pueden obtener. Adam Schaff nos ofrece un interesante ejemplo de lo anterior al observar las diversas conclusiones a las que llegan distintos analistas con un mismo objeto de estudio en mente: la Revolución francesa. De repente, parece casi

increíble que todos ellos estén hablando de lo mismo.⁷ No es por ello sorprendente que, por ejemplo, muchos jóvenes del ex bloque socialista, al igual que sus maestros, se pregunten hoy en día, con justificada razón, qué caso tiene el estudio de una historia que tan continua y marcadamente tiene que reescribirse. Este fenómeno no es del todo desconocido en otras latitudes del planeta.

En otras palabras, las consideraciones sobre la singularidad del hecho histórico han llevado a un buen número de analistas a estimar como poco relevantes las experiencias del pasado en relación con la dinámica característica del presente, esto es, la época en la que vive cada autor. Esta tendencia se ha vuelto mucho más marcada en la “era de la globalización”, señalada por la importancia de la revolución cibernética y su notable impacto en las más variadas y sensibles áreas del quehacer humano social. Es obvio que para algunos jóvenes de la generación actual, la vida resulta virtualmente impensable sin la red internet o el nintendo.

¿Deberíamos entonces hacer caso omiso de la historia o, por lo menos, relegarla al plano de lo meramente casuístico y anecdótico? Contrario a lo que el eficientismo pseudopragmático podría sugerir, tan sólo en términos de economía de tiempo, un poco de sentido común nos lleva a oponernos a esta precipitada conclusión. Bien se ha señalado con toda oportunidad que “quien no conoce la historia está condenado a repetirla”. Pero ¿cómo podemos justificar racionalmente eso que la misma sabiduría popular nos aconseja, sobre todo cuando la velocidad de los cambios y la transformación de los escenarios sociales parecen confirmar lo acertado de las críticas al análisis histórico?

Me parece que, en primera instancia, se tendría que establecer la distinción entre el tipo de enfoque bajo el cual aborda-

⁷ Adam Schaff, *Historia y verdad*, México, Grijalbo, 1972, pp. 9-70.

ría su objeto de estudio un historiador y el enfoque bajo el cual lo podría abordar cualquier otro especialista del área de las ciencias sociales.

¿Significa esto que existe un tipo de historia para cada gusto? Bueno, no del todo. Pero lo que probablemente sí podría argumentarse es que en efecto existen diferentes perspectivas desde las cuales se observa el fenómeno histórico y, sobre todo, diferentes propósitos para justificar este tipo de búsqueda.

Como objeto de estudio para el historiador, la historia constituye, sin lugar a dudas, un universo en sí misma; *un todo que de alguna manera abarca la totalidad de la experiencia humana*, desde sus inciertos orígenes hasta su todavía incierta actualidad. El especialista encargado de su análisis trata entonces de entender la dinámica de este objeto de estudio: sus reglas operativas (si es que tal cosa verdaderamente existe), su desarrollo y sus particularidades concretas. Al considerar la experiencia humana en su conjunto, el historiador trata de responder a algunas cuestiones que para él resultan fundamentales: ¿se trata de un fenómeno cíclico, lineal, espiral, evolutivo, recurrente, predeterminado, azaroso, periódicamente renovado o siempre novedoso, sobre el cual resultaría casi imposible detectar regularidades empíricamente comprobables?

Mientras que el historiador se afana por encontrar sus propias respuestas, para los diversos especialistas de otras áreas del estudio social la historia representa más bien una *herramienta analítica*, es decir, un apoyo en el proceso de construcción teórico-metodológica de cada disciplina.

A partir de ella podemos entender que *cada objeto de estudio en la realidad tiene su propia evolución en el tiempo* (lo cual se convierte en un aspecto particular de cada objeto de estudio que los analistas deben considerar). Desde este punto de vista, los internacionalistas no estudiamos la historia en general para satisfacer una curiosidad morbosa o manejar como erudi-

tos un cúmulo de datos, fechas y nombres que conforman el espectro de la epopeya humana en su conjunto, sino para conocer una *trayectoria* específica en el tiempo y el espacio: *la de nuestro propio objeto de estudio*, entendido justamente como un proceso cambiante.

En este sentido, nunca debemos perder de vista que, como aspirantes a especialistas en cuestiones internacionales, nos ocupa de manera prioritaria *la conformación y desarrollo, en otras palabras, el ciclo vital de las sociedades internacionales*, es decir, la identificación y caracterización de sus miembros, el reconocimiento de aquellos elementos o circunstancias que inciden en el comportamiento de éstos, las características (tanto anímicas como naturales) del entorno en el que se desempeñan, así como las reglas bajo las cuales definen el juego de su interacción durante todas y cada una de sus fases.

Considerado desde esta perspectiva, me parece que el estudio de lo internacional sólo puede ser *holista* porque aquí, en efecto, el todo es necesariamente algo más que la mera suma mecánica de las partes. Aunque esto, por supuesto, no invalida en lo más mínimo el hecho de que cada parte tiene, en todo momento, una dinámica propia, de la cual se encargan otras disciplinas sociales.

Ahora bien, la experiencia nos muestra que esto es algo que en efecto podemos hacer desde dos perspectivas distintas, mismas que, aun siendo de hecho complementarias, desafortunadamente han llegado a considerarse como excluyentes entre sí: la perspectiva de la imagen congelada en el tiempo (del tipo de una impresión fotográfica), a través de la cual buscamos la especificidad de un momento histórico concreto, cristalizado en la idea de un *orden internacional*, y la perspectiva de la sucesión de acontecimientos en flujo temporal constante (del tipo de un video), a través de la cual intentamos comprender un orden

secuencial, una concatenación de hechos que conforman *el progresivo transcurrir de un orden internacional hacia otro*.

La idea no es del todo nueva; la lingüística moderna ya la maneja con toda precisión mediante sus nociones del *análisis sincrónico* y el *análisis diacrónico*, que justamente exploran el desarrollo del lenguaje como fenómeno que se presenta en un tiempo y espacio específicos, por un lado, y como desarrollo evolutivo, por otro.

Enfocadas las cosas desde este punto de vista, en relaciones internacionales podemos replantearnos de manera significativa la interrogante sobre el surgimiento tanto de nuestro objeto material como de nuestro objeto formal, para entender que no se trata de un debate meramente ocioso, sino de una preocupación real por rastrear los orígenes que nos dan sentido, lo mismo ontológica que epistemológicamente. Entonces es posible vislumbrar la posibilidad efectiva de plantear tanto un análisis de coyuntura en el plano sincrónico —con el desarrollo de una *visión restringida* en términos de alcance histórico— como un análisis histórico en el plano diacrónico —con el desarrollo de una *visión amplia o flexible* respecto al alcance temporal de nuestra búsqueda.

La primera nos permite establecer fronteras temporales concretas a partir de las cuales se pueden caracterizar *órdenes internacionales específicos*, por ejemplo, 1492, con el inicio de la expansión europea por el mundo, o 1648, con la firma de la paz de Westfalia al término de la famosa guerra de los 30 años; la segunda mitad del siglo XVIII, con el inicio de la Revolución industrial, o 1815, con el Congreso de Viena, y así sucesivamente, lo cual significa que *queda en manos de cada autor desarrollar el argumento pertinente para justificar la frontera temporal específica que él desea establecer*. Aunque, claro está, después tendrá que convencer a los demás con la solidez de su argumento.

La visión amplia, por otra parte, nos permite explorar un margen espacio-temporal mucho más completo (incluso, desde los orígenes mismos de la experiencia civilizadora de la humanidad), con el propósito de *reconocer semejanzas y marcar diferencias al contrastar diversos órdenes internacionales entre sí a lo largo del tiempo*.

Gracias al manejo *simultáneo* de ambos enfoques pueden definirse, de manera significativa, tanto la *intensión* (es decir, el significado específico que intentan transmitir) como la *extensión* (es decir, las instancias concretas en las que esa definición resulta aplicable) de los conceptos que requiere el desarrollo de nuestra disciplina para así alcanzar el perfil de universalidad que normalmente exige el lenguaje de la ciencia.

Bajo esta perspectiva, sin caer en el extremo de pensar en una *historia distinta y exclusiva* para los internacionalistas, bien puede pensarse en un *perfil histórico de la sociedad internacional*, mismo que, desde mi punto de vista, resulta indispensable para una mejor comprensión de cualquier coyuntura que vayamos a analizar (incluida la actual), por única e inédita que ésta nos parezca.

De esta manera se construye una especie de puente que nos brinda la posibilidad de enlazar diferentes momentos históricos entre sí, para luego poder compararlos sobre la base de un parámetro común: *la evolución de un solo sistema internacional*, sin que ello nos lleve a perder de vista en ningún momento las particularidades que caracterizan a cada subsistema específico. Esto nos permite, a su vez, vislumbrar simultáneamente la unidad de la experiencia humana en el contexto de la diversidad de manifestaciones socioculturales en las que ésta se ha dado a lo largo y ancho del planeta a través del tiempo.

Después de contemplar este majestuoso paisaje, el observador podrá decidir, con mayor conocimiento de causa, si prefiere centrar su esfuerzo analítico en el funcionamiento del

todo o en el de cualquiera de las partes; aunque tendrá que reconocer que su propia visión sólo puede ser parcial (lo cual, por cierto, no tiene por qué restarle mérito en forma alguna).

Consideremos brevemente, a la luz de este criterio y a manera de ejemplo, el caso de los *actores* que se desempeñan en el medio internacional. Por años polemizamos sobre el nombre más adecuado para designarlos. La polémica no fue un ejercicio inútil, ciertamente había más que el nombre en juego: el nombre representaba de alguna manera al conjunto de características propias del objeto que teníamos en mente; de esta forma logramos evidenciar, a través del debate, que la confrontación conceptual no es una mera lucha de gustos sino que detrás de cada nombre está implícita una visión del mundo y un contexto histórico concreto que en forma inevitable condiciona nuestro trabajo de construcción teórica y, por ende, nuestra percepción de la realidad.

Pero la confrontación de ideas también nos mostró que detrás de las diferencias hay importantes elementos en común que debemos trabajar conjuntamente para hacer posible tanto el entendimiento como la comunicación no sólo entre especialistas sino entre éstos y el público en general.

De esta manera pudimos reconocer la necesidad de un término común para el manejo de la noción de *una entidad colectiva capaz de generar hechos internacionales* que afectan a otras entidades del mismo género, y que es susceptible de ser afectada por los hechos que a su vez generan aquéllos; es decir, una especie de sujeto gramatical, al mismo tiempo creador y partícipe de la realidad internacional. La fuerza del uso (fincada en la necesidad de la precisión conceptual) finalmente ha dado carta de naturalización al concepto de *actor* en las relaciones internacionales contemporáneas.

Ahora bien, ¿cómo puede abordarse el problema del análisis de los actores desde una perspectiva histórica? En la con-

cepción clásica (como resultado de la época en la que se formuló) *la nación* fue considerada como el actor por excelencia, motivo por el cual se empezó a hablar de *relaciones internacionales* para referir un nuevo objeto de estudio. Pero resulta que ésta, como modo de organización social, constituye un *fenómeno histórico relativamente reciente* en el contexto de la experiencia humana conjunta. Es obvio que los hombres no siempre han estado organizados colectivamente en naciones: éstas apenas empiezan a perfilarse muy pálidamente sobre el escenario histórico de la Europa Occidental hacia mediados del siglo XIV y no se consolidan como proyecto de organización colectiva generalizada sino hasta mediados del siglo XIX, 500 años después.

Ese largo recorrido histórico se ha traducido en serios problemas de precisión conceptual en torno a la idea de nación, mismos sobre los que ha especulado de manera fructífera el maestro Ortega y Gasset.⁸ Pero no sólo eso, en los albores de un nuevo milenio, la complejidad del medio internacional se ha incrementado sensiblemente en la medida en que ha surgido, a lo largo de los últimos dos siglos, un gran número de nuevos actores, que aun estando conectados de algún modo con la experiencia nacional, pueden distinguirse claramente de ella: me refiero al caso de los organismos internacionales, tanto de carácter gubernamental como no gubernamental; las empresas transnacionales; los diversos grupos de presión; la opinión pública internacional; los grupos al margen de la ley, como terroristas y narcotraficantes, etcétera.

Esto crea un problema bastante serio para los analistas de la realidad internacional. Centrar el esfuerzo de reflexión en una entidad tan volátil y poco consistente como la nación, tan insignificante en el contexto general de la historia, implicaría

⁸ José Ortega y Gasset, *Europa y la idea de nación*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, pp. 53-59.

dejar al margen todo el mundo de experiencias que de hecho podemos rescatar cuando vinculamos la idea de la nación (desde sus inicios hasta su consolidación a través de la adopción del modelo de organización estatal) con la de sus antecesores (como modos de organización social), de la comunidad primitiva en adelante: los clanes, las gens, las tribus, los pueblos, etcétera, los cuales, al interaccionar entre sí (por ejemplo: demarcar territorios, comerciar, hacerse la guerra o firmar la paz) generaban importantes antecedentes que, en definitiva (*cuando los conocemos*), contribuyen a entender y explicar con mayor precisión, por lo menos en su origen, el comportamiento de las naciones modernas.

Tenemos entonces que, al analizar el concepto de *actor* de las relaciones internacionales, no sólo nos vemos en la necesidad de dotar al término con un contenido propio que lo vuelva significativo para un momento y un lugar determinado, sino que además, al pensar en las diversas entidades de la realidad a las que se les podría aplicar el nombre, tendremos que reflexionar sobre su perfil histórico.

Esta idea tampoco es del todo novedosa, la gramática contemporánea nos enseña que, para el análisis del lenguaje, podemos emplear las categorías de *relaciones sintagmáticas* y *relaciones paradigmáticas*. Las primeras nos permiten asociar correctamente los términos gramaticales en línea horizontal con el fin de expresar coherentemente las ideas que se generan en nuestra mente, es decir, nos permiten crear oraciones con significado, mientras que las segundas nos permiten vincular entre sí los distintos términos que, por su naturaleza gramatical, pueden desempeñar la misma función que sus semejantes en la oración. Así se forman las familias de palabras que, a pesar de tener distinto significado, pueden desempeñar el mismo papel gramatical.

Sobre esta base se puede establecer que la idea de nación tiene un significado concreto que sólo es aplicable a las condiciones del mundo moderno (relación sintagmática), pero también tiene conexión con otros términos (comunidad primitiva, clan, tribu, pueblo, etcétera) que designan realidades semejantes a ellas, aunque en contextos sociohistóricos diferentes (relaciones paradigmáticas), de donde podemos extraer experiencias que nos ayuden a entender mejor las comunidades nacionales actuales.

4. ¿Quiere esto decir entonces que, en efecto, no hay nada nuevo bajo el sol y que, de una u otra manera, incluso lo más aparentemente novedoso significa reformulaciones de los mismos viejos problemas de siempre bajo condiciones distintas? Me parece que para quienes adoptan un criterio histórico simplista, esto representa un serio riesgo en el que se puede caer con facilidad y con respecto al cual, oportunamente, nos alertó Popper.

Ciertamente puede ser muy tentador pensar que por medio de algún esquema reduccionista (como el que pretende explicar la totalidad de la conducta humana en términos de una inagotable lucha de poder, la cual permea incluso los aspectos más íntimos de las relaciones interpersonales), uno puede dar cuenta integral, no sólo de cualquier coyuntura posible, sino incluso del conjunto de la experiencia histórica de la humanidad. En este sentido, no importa qué tan antigua o reciente sea la experiencia, el analista puede llegar a pensar que, efectivamente, el esquema explicativo ya está dado y, por lo tanto, no queda ningún misterio por resolver.

Analizando las cosas bajo este criterio, uno no puede más que estar de acuerdo con Popper cuando sostiene que: "se puede estudiar toda la historia que se quiera, pero el río o cualquier imagen similar siempre será una metáfora. No hay nada de realidad en ella. Se estudia lo que ha sucedido en el pasado,

pero ahora eso pasó y no se puede anticipar nada para que lo ayude o para que uno nade junto con él”.⁹

Pero, por otro lado, también me parece que, sin lugar a dudas, el especialista tiene que aprender a distinguir lo específicamente propio y novedoso de una coyuntura en el contexto de las fuerzas atemporales que, de alguna manera, no dejan de ejercer su propia influencia en el desarrollo de los acontecimientos. Esto significa que, aun cuando no estemos buscando leyes de carácter universal que nos permitan predecir el futuro, no podemos dejar de estudiar historia si realmente deseamos entender de manera integral cómo fue que se llegó a un momento coyuntural específico.

Bajo esta perspectiva, coincido plenamente con la visión de Aron en el sentido de que todo estudio concreto de las relaciones internacionales debe ser, a la vez, *histórico y sociológico*, en cuanto requiere de la búsqueda de regularidades en el devenir del tiempo para la comprensión de coyunturas singulares.¹⁰

Maquiavelo, considerado por muchos como el padre de la ciencia política moderna (es decir, el análisis de las cuestiones relacionadas con la organización del poder político *desde una perspectiva científica*), nos brinda un interesante ejemplo del alcance que tiene el análisis histórico comparado cuando contrasta la experiencia sociopolítica en el proceso de formación de la joven república romana con el manejo de los asuntos públicos en la república veneciana de su época con el propósito de rescatar elementos para la consolidación de sus propias enseñanzas.

⁹ Citado por Giancarlo Bassetti, en Karl Popper, *La lección de este siglo*, México, Océano, 2000, p. 14.

¹⁰ Cfr. Raymond Aron, “¿Qué es una teoría de las relaciones internacionales?”, en *Revista de Humanidades*, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, núm. 4, primavera de 1998, p. 148.

En el proemio de sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, el célebre florentino escribe:

cuando se trata de ordenar la república, de mantener el Estado, de gobernar el reino, organizar el ejército y llevar a cabo la guerra, juzgar a los súbditos o acrecentar el imperio, no se encuentra príncipe ni república que recurra a los ejemplos de los antiguos. Esto procede, en mi opinión, no tanto de la debilidad a que ha conducido el mundo la presente religión, o del mal que el ocio y la ambición han causado en muchas provincias y ciudades cristianas, como del no tener conocimiento verdadero de la historia y de no extraer al leerla, su sentido ni gozar del sabor que encierra.¹¹

Si hurgamos en el expediente histórico seguramente podríamos encontrar toda una legión de autores que apoyan esta visión sustentada por Maquiavelo (basta recordar, como ejemplo, que Hobbes se encargó de traducir al inglés la obra del historiador griego Tucídides justamente por la importancia que aquél atribuía a las enseñanzas del ateniense), pero no se trata de eso; no pretendo fincar mi propia posición respecto de la importancia de la historia en un voto mayoritario.

Para argumentar contra el presentismo simplista que menosprecia el estudio de la historia, me gustaría tratar de replantear el problema de su utilidad para el análisis social en general, desde la perspectiva de las insustituibles ventajas que éste ofrece al investigador.

Cuando se nos plantea que las cosas, de hecho, pueden cambiar hasta el punto de volver inútil toda la experiencia acumulada con anterioridad sobre cualquier asunto particular, sencillamente se está pasando por alto que: a) mientras no llega el cambio, las cosas tienden a permanecer relativamente

¹¹ Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza Editorial (El Libro de Bolsillo, núm. 1291), 1996, p. 26.

constantes (ley de la inercia), y b) que aun bajo el esquema de los cambios más radicales, hay aspectos de las cosas que tienden a permanecer, de donde puede pensarse también en, por lo menos, una utilidad parcial del conocimiento previamente adquirido.

Si bien es cierto, en especial en el área de los estudios sociales, que difícilmente se puede llegar a un conocimiento absoluto de nuestros objetos de estudio (ya que, en efecto, éstos se encuentran en continuo movimiento), también lo es que podemos llegar a tener *rangos de certeza* bastante amplios sobre las cosas cuando las exploramos con el detenimiento suficiente para llegar a entenderlas, y eso resulta muy importante, ya que es precisamente sobre el margen de esos niveles de certidumbre que planificamos nuestras vidas, tanto en lo individual como en lo colectivo. La certidumbre es, por lo tanto, uno de los bienes más preciados a los que puede aspirar el hombre; es terreno firme sobre el cual podemos apoyarnos en un mundo cuyo constante devenir vuelve el sendero notablemente resbaladizo a cada paso.

Ahora bien, *la certeza de que algo es como lo hemos planteado y no de otra manera, sólo puede proceder de la experiencia*. Es en este sentido que, a mi parecer, el estudio de la historia resulta fundamental, ya que contribuye a ampliar los márgenes de certeza que podemos tener sobre nuestro objeto de estudio.

Como atinadamente ha señalado el maestro Ortega y Gasset: “el hombre no tiene naturaleza; tiene historia [...] para comprender algo humano, personal o colectivo, es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación hace tal cosa y es así, porque antes hizo tal otra y fue de tal modo. La vida sólo se vuelve un poco transparente ante la razón histórica”.¹²

¹² J. Ortega y Gasset, *La historia como sistema*, Madrid, Editorial Sarpe, 1984, p. 77.

Aquí puede observarse además, con toda claridad, la crucial diferencia que hemos pretendido enfatizar en el desarrollo de este trabajo entre análisis histórico e historicismo; mientras que este último nos convierte en peones de una fuerza abstracta y preestablecida, el primero nos deja un importante margen de acción como constructores de nuestro propio destino, tal como lo desea Popper en su *universo abierto*.

Obviamente que, como de manera muy oportuna lo ha señalado Aron, existen formas diversas de *hacer* historia: no es lo mismo *relatar* que *analizar*, como tampoco es igual pretender hacer un registro objetivo de los acontecimientos que tener conciencia de que estamos interpretando lo que percibimos como más relevante. También puede señalarse que hay una diferencia importante entre centrar la atención en el hecho singular y tratar de captar el devenir temporal como un *proceso*, o entre buscar el rasgo de las particularidades por encima de la esencia de las generalidades antes que a la inversa.¹³

¿Cuál sería entonces el enfoque más apropiado para el estudio de la historia desde una perspectiva internacional? En otras palabras, ¿de qué manera resultaría más benéfico para el internacionalista el conocimiento de la historia? Sin pretender formular una respuesta categórica, a la manera de una receta universalmente aceptada, me parece que, si aceptamos la idea de la naturaleza *holista* de nuestra disciplina, el internacionalista tendría que pensar en la historia desde una perspectiva también integracionista en la que la idea del proceso debe tener preeminencia sobre la del hecho singular, y la búsqueda de las regularidades, prevalecer sobre la de la especificidad.

Tampoco debe olvidarse que, como ya hemos señalado, no sólo estudiamos la historia con el afán de incrementar nuestro bagaje cultural, sino especialmente con el propósito de conocer

¹³ R. Aron, *op. cit.*, pp. 148-150.

la trayectoria temporal de algún orden internacional concreto; es el todo lo que nos interesa por encima de las particularidades que puedan exhibir las partes.

Así, por ejemplo, si deseamos abordar el caso de la cultura griega, antes que el detalle específico de los nombres y las fechas relevantes señalados por los historiadores, los cuales pronto podrían saturarnos, convendría empezar por preguntarnos *qué aspectos de ésta son relevantes para la comprensión del sistema internacional contemporáneo*. Esta conexión resulta vital; mientras no seamos capaces de establecer una línea de vinculación sólida que vuelva relevantes para la comprensión del presente los acontecimientos que exploramos en el pasado, sencillamente no dejarán de ser una curiosidad anecdótica que, en el mejor de los casos, apenas nos servirán para impedir que avance la ignorancia (como ocurriría en el juego del Maratón).

Si, continuando con nuestro ejemplo, logramos identificar que los griegos vivieron en un microcosmos caracterizado por la existencia de diversas entidades políticamente autónomas, vinculadas entre sí por su cultura, pero carentes de una autoridad central consistente y duradera, podremos entender mucho mejor la relevancia de su estudio para el mundo contemporáneo. Si luego observamos que el esquema se ha repetido en diversas épocas y latitudes del planeta (los reinos guerreros de los chinos en el siglo II a. C. o las repúblicas italianas del siglo XIV de la era cristiana), podremos entonces apreciar mucho mejor el significado de la idea de *continuidad en la historia*.¹⁴

Por supuesto que, en este punto, la labor del docente adquiere una importancia decisiva para el aspirante a internacionalista que, para bien o para mal, en condiciones normales,

¹⁴ Cfr. Robert Jackson, "The Evolution of International Society", en John Baylis y Steve Smith, *The Globalization of World Politics: An Introduction to International Relations*, Londres, Oxford University Press, 1997, pp. 33-48.

tanto depende de la guía del maestro. *Es claro que difícilmente podremos enseñar cualquier aspecto particular de un desarrollo histórico que nosotros mismos desconocemos en su conjunto*, como también es bastante claro que poco podremos motivar al alumno a explorar la historia de manera crítica si nosotros mismos carecemos del interés básico para hacerlo.

En este sentido, por supuesto que lo más deseable es que el propio docente esté convencido de la importancia del análisis histórico *y que lo practique*; sólo así podrá, en efecto, contribuir a enriquecer la visión histórica de sus alumnos. En ésta como en otras áreas creo que también existe un largo camino por recorrer en términos del desarrollo de una didáctica apropiada para el estudio de la historia con perspectiva internacionalista.

A partir de aquí será mucho más fácil empezar a trabajar con las nociones básicas que, en efecto, requiere el estudio contemporáneo de las relaciones internacionales: actores, factores, medio internacional, orden internacional, procesos, sistema internacional, etcétera, mismas que, en definitiva, corren el riesgo de volverse palabras huecas en ausencia de un sustento histórico claramente definido.

5. Para terminar, presento brevemente las principales conclusiones a las que me ha llevado la presente investigación:

a) En primer término, me parece fundamental enfatizar que no es lo mismo el análisis histórico que el historicismo. El primero pretende una reconstrucción inteligible y racional del pasado humano, sin que ello implique la revelación de un “plan maestro” o un “gran designio” que por sí mismo dota de significado a los hechos. El historicismo, en cambio, sí se esfuerza conscientemente por descubrir las leyes universales e inmutables que determinan indefectiblemente el curso de la historia.

b) En función de lo anterior, creo que la concepción de *la historia* como esa fuerza sobrenatural que encarnaba un plan

general que, si alguna vez llegábamos a captar, nos iluminaría para siempre el curso detallado de los acontecimientos y nos permitiría considerarla como un devenir preconcebido, debe ser sustituida por la idea de un esfuerzo racional que simplemente se ocupa de revelar la trama de los acontecimientos pasados sin implicaciones deterministas.

c) Una vez hecha esta distinción, me parece que la disyuntiva entre historia y coyuntura es en realidad una falsa dicotomía, que sólo demanda de una selección determinada por preferencias vocacionales, mas no por rigor epistemológico.

d) De hecho, bien puede decirse que ambos enfoques resultan no sólo plenamente compatibles entre sí, sino que incluso son mutuamente complementarios. Si deseamos una imagen integral de la realidad social como proceso en continuo movimiento, tendremos que tomar en cuenta las aportaciones procedentes de ambos campos de investigación.

e) Esto no significa que el mismo analista tenga que llevar a cabo ambos tipos de indagación por cuenta propia; sin embargo, al elegir uno de ellos de conformidad con sus preferencias, inevitablemente tendrá que estar al tanto de lo que se hace en el otro; después de todo, no hay que perder de vista que sólo llegamos al presente por la ruta del pasado, pero retornamos al pasado por la vía del presente.

f) Ciertamente debe reconocerse que todas las ciencias sociales tienen un importante componente histórico (pues los hechos que analizan ocurren en el devenir del tiempo); no obstante, al estar en fase de desarrollo, estos hechos tienen una etapa que aún no pertenece al dominio de la historia como disciplina y, por lo tanto, no pueden ser explicados por ella.

g) La historia se puede apreciar entonces como un elemento necesario (aunque no suficiente) para comprender el acontecer social, sobre todo cuando está referido al presente, ya que en-

tonces éste adquiere sus propias particularidades, las cuales hacen necesario e insustituible el análisis de coyuntura.

Desde esta perspectiva de complementariedad, resulta claro que un análisis integral de cualquier aspecto de la realidad internacional contemporánea tiene que ser, al mismo tiempo, un buen análisis histórico.